

YATASTO - MENDOZA

(DOS ETAPAS DE UNA VIDA PRÓCER)

No es cosa fácil hablar con una cierta novedad de la figura excelsa de nuestro epónimo Padre de la Patria el General Libertador don José de San Martín. Haciendo un símil, recuerdo que alguien dijo respecto del Derecho: "a la época de Justiniano lo que se había escrito acerca del derecho era más de lo que dos camellos pueden transportar, cuanto más lo será lo que se ha escrito hasta la fecha".

Con la figura prócer de San Martín ocurre lo mismo. ¿Cuánto no se ha escrito y dicho sobre ella? Naturalmente que en estos momentos pretender hacer una semblanza completa de tan magnífica figura, con cierto viso de originalidad, es más difícil que escribir sobre Derecho. Sobre San Martín se ha dicho ya todo lo bueno y lo malo que pudo haberse dicho.

Desde luego, pretender hacer un bosquejo completo de la personalidad del Gran Capitán es algo que escapa a los límites de un simple escrito evocativo. Es por ello que me limitaré a esbozar dos momentos de su vida que, a mi parecer, son los dos momentos cruciales de su gesta libertaria y que, no se cómo, son los menos tratados por los autorizados escritores que se ocuparon de su vida. Me refiero a la oportunidad en que formalizó su plan grandioso y aquella otra durante la que forjó el instrumento con que habría de realizarlo. Entiéndase, su encuentro con Belgrano en la Posta de Yatasto y su estada al frente de la Gobernación e Intendencia de Cuyo.

Y sostengo que son esos los momentos cruciales de la epo-

peya sanmartiniana porque son los instantes en que mejor se vislumbra su genio, ya preñado de la realización magnífica: la libertad de medio continente sudamericano.

Sólo pretendo hurgar en los acontecimientos para demostrar la visión clarísima de quien, anticipándose a las consecuencias, supo preparar los hechos que habían de producirlas.

Malos tiempos corren en ese entonces para la causa de la libertad. En Buenos Aires una política sorda se estremece y manifiesta en los círculos gobernantes. Celos, rencores, pero sobre todo celos, hacen que las figuras directrices vayan tomando y perdiendo prestancia. San Martín, cuya mesura y serenidad lo marcan como un elegido, se ve con el piso enjabonado por su compañero de todo momento Alvear, hambriento de poder y de autoridad. Se considera necesario alejar al héroe de Bailén del teatro principal de los acontecimientos. La influencia de Alvear da a éste una cierta primacía sobre el "extranjero en Buenos Aires" que es el Gral. San Martín y se urde el pretexto para su alejamiento.

Nada más hecho a medida que los desastres sufridos por el General Belgrano en Vilcapujio y Ayohuma, que parecen hacer olvidar las glorias que diera a la Patria en Tucumán y Salta, para que el vencedor de San Lorenzo, para lo que se invoca sus méritos, fuera a reemplazarlo en su mando.

Una sorda lucha de pasiones se entabla y triunfan los partidarios del alejamiento de San Martín de la ciudad, sin pensar, ni remotamente, que ese hecho minúsculo de la politiquería lugareña, habría de ser el primer surco de la epopeya sanmartiniana.

En efecto, se resuelve que el Coronel de Granaderos, que podía hacer sombra en sus aspiraciones gubernamentales a Alvear, fuera remitido a un destino distante mil leguas de Buenos Aires.

Hecha la designación, que San Martín había rehuído por todos los medios a su alcance por respeto al General que iba a reemplazar, debe aprestarse a iniciar su cruento viaje al norte, mientras los cabildantes en Buenos Aires se frotan las ma-

nos de contentos pensando que alejan un peligro inminente para sus estrechas ambiciones.

Cuenta la historia que el propio Alvear fue a despedir a San Martín a su partida y que, una vez iniciada la marcha, hasta algunas malas palabras se le escaparon al elegante militar festejando el desplazamiento de su presunto rival.

No es del caso hacer mención de las peripecias del viaje de San Martín en una época en que era más duro viajar por el interior de nuestro país que pelear por él.

En tránsito recibe San Martín una carta de Belgrano en que le expresa su decisión de acatar su autoridad y ponerse incondicionalmente a sus órdenes. "Usted, le dice, no sólo será mi amigo sino que será mi maestro. Aprenderé de usted todo lo que buenamente quiera enseñarme". Lleva por dirección "a cualquier lugar donde se encuentre".

Por su parte, San Martín había hecho todo lo que en su mano estuvo para evitar este reemplazo que debía afectar profundamente al General en desgracia con la suerte. En ese estado de ánimo habrían de enfrentarse los dos grandes.

Uno venía de una campaña desgraciada donde había sufrido lo indecible. Su trasmonite de la puna ha sido descrito en los siguientes términos, en cuanto a penurias se refiere: "El invierno en la puna. Hay heladas que hacen caer las uñas. En algunas noches, aunque el relevo venga cada media hora el frío no da tiempo a los centinelas. Pero no importa, ni el desorden, ni el robo ni el miedo caben porque el alma del jefe se apersona a todos. Todos: el riojano cachaciento como una rumia; el porteño pifión y farolero que cuenta sus guapezas con el inglés; el cordobés, con su acento más quebrado que sus sierras; el santiagueño, ladino en el quichua y que ensalma achaques de bestias y cristianos. A nadie le apocan las penurias de la marcha, ni a los que el chucho les socaba las ojeras haciéndoles tiritar como pichones llovidos. Se cuentan con los dedos de la mano los que no saben dormir sobre la mula. Todos con hambre de perra parida, sienten la ausencia del aguardiente de los valles o los condimentados guisos de Tarija. Sentados

a la turca sobre sus ponchitos o sus talones, mientras en el asador de tola se chamusca alguna achura flaca, lo olvidan todo como niños. Allí se cuentan las peripecias del día en tanto salen a flote los recuerdos y las fábulas, mientras alguno prepara el te de quina para el chucho o el de boldo para el hígado. Se habla de la cadena de oro de doscientos metros de guasca o un veterano de veinte años de edad enumerada en los dedos sus combates. De pronto una sombra que llega sobre él, los incorpora de golpe: es el General, que apenas duerme en la noche y suele llegarse así hasta los fogones de la tropa.

Se trata de un General que debe desandar el formidable itinerario. Los páramos, las cumbres, las quebradas, los médanos, los pueblos. Que debe cuidar del parque, de las municiones, de la plata de la Casa de la Moneda de Potosí, pues, no quiere dejar nada y la marcha no se atora con el recargue. Aún más, le alcanza el tiempo para atender a un oficialito cordobés, José María Paz, que lleva libros en los bolsillos de sus pellones.

Tal la figura del que viene del norte. Del sur se encamina a su encuentro otro personaje, que si bien es más marcial, no es más grande en sentido humano. Marcha hacia el norte mascullando imprecaciones y mordiendo protestas, pero fiel a su deber de disciplina ha de cumplirlo aunque le resulte doloroso. Se hará cargo del Ejército del Norte sin alegrías y amargado porque piensa en el injusto ultraje a un hombre benemérito. Así y todo, sabiendo que a su espalda deja un resabio de política fácil y rencores alevosos, confía en que su actitud habrá de servir de enseñanza a los que opinan en su contra.

Jamás en la historia del mundo se habrá cometido un desacierto más acertado que el envío de San Martín al Norte. Dos hombres diametralmente dispares, tanto en su físico como en la orientación de sus magníficas potencialidades intelectuales, habrían de encontrarse para producir un resultado maravilloso.

El retrato del que venía del Norte, según Luis L. Franco, era el de un hombre corpulento; lleva levita azul de alamares

negros; su tez y su mirada, de niño; de tan rubio, parecen azules sus ojos de color moscatel. Se pasea con paso elástico, muy vivo, tanto que apenas pueden seguirlo los que le acompañan; pero su fisonomía tiene un reposo de agua honda. Sus gestos y sus maneras son los de un caballero que está platicando con damas. Su cabello blanco parece de primavera; pero, ¡va, ya una monturita para un General! No es hombre de guerra, sin duda; pero el olfato de alguno que otro oficial puede distinguir desde el principio al hombre de mando. Y todos sin darse cuenta exacta, sienten que hay en él algo más profundo que el mero Capitán que no es: su temple contagioso y su sagrada voluntad de sacrificio.

Trae un ejército surcido con los harapos de dos desastres y de esa reculada de cientos de leguas (viene desde el Titicaca, el lago colgado de las nubes con sus ibis negras y sus islas incubadoras de semidioses; desde el Tihuanaco donde un pueblo que se escondió hace cien siglos dejó esas ruinas maravillosas).

Del sur, avanza a su encuentro otro hombre. Una concepción distinta de la tarea que ambos tienen entre manos. No es el soñador Belgrano sino el práctico San Martín, sin que estas palabras importen el más mínimo desmedro de sus sueños, fundados en experiencia guerrera y no en ilusiones poéticas. Viene renegando de su suerte que lo obliga a suplantar, fuerza ordenando, a un jefe por el que tiene el más alto respeto y las más delicada consideración. Sólo su espíritu de disciplina ha podido obligarle a tal suceso, mediando para ello la esperanza de que su conducta habrá de traer a la Patria el bien, que todos los que tienen el corazón grande como bofes, lo desean.

Su físico y su envergadura moral son desconocidos en el noroeste, al igual que él desconoce, a pocas leguas de salir de Buenos Aires, el terreno que pisa. Pero, está dispuesto a aprender y a enseñar en esta gesta maravillosa que culmina con la libertad de América del Sur.

Llega a Tucumán, esa mil y una noche de la naturaleza,

donde su presencia es recibida con recelo. Su cuerpo enjuto como un músculo, al decir de Franco, se diría que tiene estatua de un grito de mando; sus cejas repiten el arco enérgico de su sable sin guarnición. Y todo el hombre está en la mirada. Quizás en la morenez de su cara, en su voz ronca, en sus ademanes exactos en el despliegue y en el tiempo, pueda adivinarse sus veinte años de intemperie guerrera, contra portugueses e ingleses, contra Napoleón o los moros, a pie o a caballo, por tierra o por mar, rozado ya dos veces por la muerte. Pero ya se dijo, el hombre está en la centella de los ojos; allí el pulso del que mide sin errar lo más chico o lo más grande; y la voluntad capaz de llevar a su mayor dilatación hombres y cosas; y la verdad de un alma ardiente metida en un puño. Usa de la campechanía y aún del chiste, mostrando sus dientes perfectos, para no alejar a los demás, aunque algo en él que está por encima de la humildad y el orgullo, despierta, a modo de imán, lo que hay de más fuerte en lo hondo de cada hombre. Todo el guerrero metido en un hombre amigo de los hombres. Ese es José de San Martín.

Jinete de pelo americano y el acento más criollo, aficionado al filo de la ironía y al de los quites, observador como un baqueano, sufrido por dentro y por fuera impenetrable en su reserva, es gaucho en todo eso sin saberlo, pero los gauchos lo sienten.

Algunos ven que su ortografía es coja, pero no ven que lee un hombre de una hojeada. Así ve en Belgrano, el aplaudido de ayer y el castigado de hoy, y habrá de conmovirse ante este General en jefe que viene, limpiamente a ponerse a sus órdenes como un oficial cualquiera, cuando se encuentran en la Posta de Yatasto, en la heroica Salta y muy cercana al lugar donde se jurara la bandera, creación del que resigna. San Martín tiene respeto, respeto casi devoto por el alma de Belgrano, que tiene algo de las montañas por su elevación y su candor.

Belgrano se va y San Martín recomienda al gobierno "sus talentos y su conducta irreprochable".

El nuevo jefe encuentra una oficialidad ignorante y presuntuosa y que se niega a todo lo que es aprender, pues se trata de eso: enseñar su oficio, de jefes a abajo, a esos hombres que son aprendices de héroes, pero no soldados. Dice así una de las normas del General San Martín: “no deber un centavo a nadie, ni agachar la cabeza a las balas, ni levantar la mano a una mujer. ¿O se han creído que un oficial se hace con una precilla y un sable?”

Con mirada zahorí descubre el bastión inexpugnable que puede convertirse Salta. Sus bosques bravíos de garabatos y talas, impenetrables, de más obstáculos que las alambradas de púas, capaces de arrancar la ropa y el cuero a quien no sepa de sus ocultas e intrincadas sendas. De sus quebradas que obligan a un ejército a la marcha desordenada por falta de espacio, obligando a las gentes a pasar por cañadones y zanjones proclives a la sorpresa y que permitirán a los gauchos robarse a lazos a los rezagados, mientras sus compañeros caen como aludes sobre el grueso de las fuerzas, produciendo enorme daño y desapareciendo como espectros antes de que el godo pueda reaccionar.

Y sobre todo ha visto al hombre. De una ojeada calibró a la centésima de milímetro a Güemes y a sus gauchos. A ese Martín Güemes, señor de abolengo y de fortuna, que no ha tenido dificultad en abandonar su vida muelle de señor casi feudal, el patriarcal vigilar de sus estancias, para convertirse con ese puñado de centauros que le siguen ,electrizados por sus palabras gangosas y su prestancia de varón, en el terror invisible, como algo sobrenatural, para el español al que se le arruga el ombligo y se le aflojan los esfínteres, cada vez que siente el ulular de unas gargantas ardientes y el redoblar de guardamontes como bombos legueros.

El problema está resuelto. Este puñado de héroes impedirá el descolgarse de Pezuela por las quebradas bravías en busca, desde el altiplano, de esa Buenos Aires y esa Montevideo que, para él, se convertirá por la acción de Güemes y sus gauchos, en vírgenes muy deseadas pero también inalcanzables.

“La renuncia de San Martín, por otra parte —según José Pacífico Otero— no fue tan resistida como él lo dice. Muy por el contrario, apenas se le supo enfermo se le designó un sucesor, y el primero en ser designado fue Alvear quien designó interinamente a Rondeau, para asumir el comando de aquel ejército luego que cayera en sus manos la plaza de Montevideo.

Teniendo en cuenta estos antecedentes y convencido además de que la victoria final y total no podía depender de un simple desplazamiento de fuerzas —sigue diciendo Otero— como se lo imaginaba en su juvenil delirio un general improvisado, sino de otros factores en los cuales entraban como decisivos, la organización por un lado, y el acierto geográfico por el otro, decidido a alejarse de Tucumán, y ya dispuesto a presentar su renuncia, el 22 de abril de 1814 dirigióse a su amigo Rodríguez Peña en estos términos: No se felicite, mi querido amigo, con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta; no haré nada y nada me gusta aquí. No conozco los hombres ni el país, y todo está tan anarquizado que yo se mejor que nadie lo poco o nada que puedo hacer. Ríase usted de esperanzas alegres. La patria no hará camino por este lado del norte, que no sea una guerra permanente, defensiva, defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta, con dos escuadrones buenos de veteranos. Pensar en otra cosa es hechar al Pozo de Airón hombres y dinero. Así es que yo no me moveré, ni intentaré expedición alguna. Ya le he dicho a usted *mi secreto*. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza, para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos, para acabar también con los anarquistas que reinan. Hallando las fuerzas, pasaremos por el mar a tomar Lima; es ése el camino y no éste, mi amigo. Convéñase usted que hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no se acabará. Deseo mucho que nombren ustedes alguno más apto que yo para este puesto: empéñese usted para que venga pronto ese reemplazante y asegúreles que yo aceptaré la intendencia de Córdoba. Estoy bastante enfermo;

más bien me retiraré a un rincón y me dedicaré a enseñar reclutas para que los aproveche el gobierno en cualquier parte. Lo que yo quisiera que ustedes me dieran cuando me restablezca, es el gobierno de Cuyo. Allí podría organizar una pequeña fuerza de caballería para reforzar a Balcarce en Chile, cosa que juzgo de grande necesidad, si hemos de hacer algo de provecho, y le confieso que me gustaría pasar mandando este cuerpo”.

En esa modesta y olvidada Posta de Yatasto, el genio de la emancipación americana ha recibido la influencia telúrica de los cerros y de los montes, ha sabido del heroísmo de los hombres del noroeste, tan olvidados de generaciones posteriores, que habrían de ser el puntal de su seguridad en Cuyo, “su ínsula”, punto de arranque de sus posteriores hazañas.

Una muy oportuna y muy sospechosa enfermedad al pecho, le permite retirarse a Córdoba, resignando el mando del ejército del norte en Rondeau, para dedicarse a contemplar su plan grandioso, pero que, habrá de costarle incontables sacrificios y desvelos.

Mendoza, esa ciudad de éxtasis donde el tesón de sus hijos y el milagro del agua, robada según la leyenda huarpe por una raza de gigantes de las entrañas del colosal Aconcagua, han convertido una tierra que más que madre parecía madrastra, en un jardín más exultante que los famosos jardines colgantes que en Babilonia hizo construir el enamorado Nabucodonosor en homenaje a su amadísima Semiramis, la mujer entre todas las mujeres elegidas.

Mendoza, la que habrá de ganar entre las comarcas de la tierra un sitio de preferencia, porque al igual que un lugar de la Mancha, cuyo nombre no quiero recordar, ha recibido su Quijote que no tiene de loco sino el genio y porque sus hombres y sus frutos harán posible la más grande gesta libertaria de la historia.

San Martín solicitó el gobierno de Cuyo, con la idea de formar allí un pequeño ejército, trasmontar la cordillera y después de ayudar a los patriotas chilenos en su guerra por

la libertad, unirse a ellos y lanzar su expedición sobre la Lima virreynal.

El desastre de la revolución chilena en Rancagua, echó por tierra sus planes primigenios poniéndolo al frente de una empresa infinitamente mayor que la que había entrado en sus cálculos.

De una labor auxiliar, como se había imaginado, por las fuerzas de las circunstancias y de los hechos se vio convertido en actor principal, con toda su responsabilidad y todos sus sacrificios.

Su primera tarea al llegar a Mendoza, fue poner a la ciudad en condiciones de defensa. Cuyo no era una región guerrera, pero lo iba a ser a breve plazo. Y el genio de San Martín comenzó a pulsar en hombres y cosas, sabiendo que en la futura epopeya habría de destacarse en punto de vanguardia en la lucha por la libertad.

¿Cómo y con qué medios San Martín habría de llegar a realizar tamaña maravilla? Para comprender tales postulados, dice José Pacífico Otero, debemos comprender que si San Martín era un eximio guerrero, era por naturaleza un gobernante consumado. Lo que otros no hacían ni supieron hacer al frente de la revolución, ya fuese ésta gobernada por una junta, por un triunvirato, o por un directorio, lo hizo él al frente de la intendencia de Cuyo. Destacóse allí, como soberano. Obró, si se quiere, como un soberano absoluto, pero la opinión sabía que él interpretaba sus intereses y acordóle su cooperación sin reparo y sin medida.

San Martín en Europa, ya viejo, rememorando las cosas de su empresa Andina, escribía: "El ejército denominado de Los Andes no tuvo por base más que 180 hombres del Batallón N^o 11 sin la menor instrucción y malísima disciplina; ocho meses antes de emprender la expedición a Chile fueron remitidos por el gobierno, el Batallón N^o 7 con la fuerza de 450 plazas y 220 granaderos a caballo; el resto del ejército fue reclutado en Mendoza, cuyo patriotismo y sacrificios en aquellas épocas exceden a toda ponderación".

El primer esfuerzo lo recaba con un bando en el que dispone: "todo ciudadano de 14 a 45 años, tiene obligación de enrolarse en el ejército". Y esto en un plazo perentorio de un mes.

"Cuando América, dice San Martín en aquella oportunidad, por un rasgo de virtud sublime, quebrantó las cadenas de la opresión peninsular, juró a la Patria sacrificarlo todo por arribar al triunfo del glorioso empeño. Así es que desde entonces debió desaparecer de entre nosotros el ocio, la indiferencia, la molicie y todo cuanto pueda enervar la fuerza de aquella valiente resolución".

Dispone al mismo tiempo, que todo individuo que se presente a alistar, lo hará solamente por el tiempo que dure la dominación española en Chile, y si el número de los representantes excediera de las plazas posibles, serían sorteados.

Comprendiendo que la sanción es todo en el órden de la disciplina y que la deserción es una derrota al menudeo, a fin de ponerles remedio, decreta: "Todo aquél que fuera aprehendido en dirección a Chile (los desertores eran casi totalmente soldados importados por los Carrera) fuese sumariado y después de comprobado el delito fuere irremisiblemente fusilado a las dos horas de haberse organizado el proceso informativo". Igual pena para los encubridores o auxiliares.

Desde el instante mismo de hacerse cargo del gobierno, comprende San Martín que las rentas de que dispone la provincia son absolutamente insuficientes para atender los gastos que demanda su magna empresa e impone una contribución directa, extraordinaria, sobre el capital. Dispuso que todo ciudadano debía hacer una declaración jurada, ante una comisión especial, del valor de los bienes que tuviera, bajo pena de pagar el doble si se substraiese alguno a la misma. En honor a Cuyo, dice Otero, cábeme decir que ningún ciudadano intentó cometer este delito y se sometieron gustosamente a la exigencia del Señor Intendente Gobernador. El impuesto era de 4 reales por cada mil pesos de capital.

Un año más tarde necesitaba San Martín que Mendoza

aportase la suma de veinticuatro mil pesos para completar la de cien mil exigida por los gastos del ejército libertador y acordó que se la solicitase del vecindario en calidad de préstamo. Los prestamistas no ofrecieron dificultades, el reembolso fue garantizado con hipotecas sobre los vinos y aguardientes que pertenecían a la provincia. En las mismas condiciones de garantía hipotecaria se obtuvo en San Juan 18.000 pesos y 2.000 en San Luis.

En esta gestión económica, destinada a sostener su máquina de guerra, tuvo inapreciables colaboradores en el gobernador de San Juan, Don José Ignacio de la Rosa y en el de San Luis, Don Vicente Dupuy. Pero, la fuerza más efectiva y quizás la más eficaz, la encontró en el pueblo, en esa opinión democrática que sin dudas ni discrepancias entregó sus bienes para hacer efectivo, con ellos, el régimen de libertad tan ansiado.

Hay quien afirma, dice Otero, que San Martín dispuso el ingreso al tesoro público de los capitales pertenecientes a los conventos y hermandades religiosas, que éstos tenían colocados a censo entre los particulares, pagando por ellos el mismo interés que pagaban los particulares. Cuenta Espejo que “también hechó mano de la limosna recolectada por la comunidad de La Merced para la redención de cautivos cristianos”. Se aplicaba multas por infracciones a sus disposiciones y entre ellas, hace resaltar Otero, la de 3.000 pesos pagados por don Antonio Mont y la de 200 pesos pagados por don Antonio Sáenz “miembro de una familia de noble estirpe”, por haber ocultado la edad de un esclavo de su propiedad.

“No permitiendo los apuros del tiempo —declara en otra oportunidad— demorar un solo día la recolección de caballos que deben servir al ejército, ni pudiendo proveerse de este importantísimo artículo con la brevedad y calidades necesarias, sino de los que existen en las estancias de esta jurisdicción, acuérdate desde luego su extracción por vía de repartos proporcionales”.

Esta disposición se reglamenta en varios artículos y dis-

pone que los estancieros, luego que reciban el aviso, deberán reunir en potreros sus caballadas, donde serán examinadas por técnicos del ejército y llevados los caballos seleccionados, debiendo estos funcionarios otorgar recibos firmados a los estancieros para que con ellos, ocurran al gobierno para mandarlos satisfacer la mitad de su importe, debiendo la otra mitad pasarse en cuenta de las cantidades que, por otros conceptos, tengan que exigir en tesorería, hasta el reembolso de sus créditos .

Con estos recursos arbitrados por él y con la ayuda de cinco mil pesos que mensualmente proporcionaba la nación, se habría de financiar la expedición libertadora de más envergadura que registra la historia.

Pero, San Martín no se ocupa solamente de enriquecer a la provincia. Ha reglamentado el riego y la agricultura prohibiendo “efectuar ninguna labranza sin previo permiso del regidor o juez de aguas bajo pena de perder el terreno labrado y su importe aplicado por mitad al denunciante y a obras hidráulicas”.

Como medidas de saneamiento moral dispuso que ningún peón podía estar en las pulperías los días hábiles de trabajo y ordena que los vivanderos están en la estricta obligación de dar cuenta cuando a sus casas de venta concurran hombres sospechosos o sientan conversaciones perjudiciales al servicio de la patria. Las pulperías debían cerrar a las diez de la noche y después de esa hora no podían dar posada a ningún transeúnte y apagar sus fuegos “salvo recado en contra del oficial de guardia”.

Al decir de Otero, es tan acendrado el patriotismo de San Martín, que no ocultó la pena que lo embargaba cuando estando en Córdoba supo que el Congreso de Tucumán acaba de declarar la independencia. “Maldita suerte, dijo él en ese día, no ha querido que yo me hallara en mi pueblo para el día de la celebración de la Independencia. Crea usted que hubiera hechado la casa por la ventana”.

La abrumadora tarea administrativa no interrumpe, ni

mucho menos, sus tareas castrenses. Ha dicho el escritor Luis L. Franco en su libro "El General Paz y los dos caudillajes" que: "Puede creerse que si alguna vez un hombre inventó un ejército, ese fue el General Paz en Corrientes. ¡Qué mueca de la suerte señores! Doscientos fusiles de chispa que no la dan; unos barriles de pólvora mojada, es el recuerdo que le ha dejado, con más desprecio que mala voluntad, su ex-compañero Lavalle antes de botarse al Paraná para llevar aquel susto prodigioso a Juan Manuel que han pagado tan caro los pueblos. Tres jefes de ineptia más o menos decorativa, veinte reclusos que aun dicen *che mi general*, un puñado de gendarmes y ya están echadas las bases de un ejército".

No nos atreveríamos a afirmar que San Martín inventó el Ejército de los Andes, pero, sí sostenemos que lo gestó como una madre amante. Su infinita preocupación por los jefes, oficiales y soldados, tiene en él mucho más de maternal que de castrense. El cuidado y vigilancia de la honestidad y disciplina es emocionante. Está preparando una máquina de guerra que debe rendir la eficiencia que tienen derecho demandarle quienes, con tanto sacrificio, contribuyeron a su costo y mantenimiento. Pone en estos menesteres toda su experiencia de soldado, toda su inteligencia y también, todo su amor. No hay jornada de trabajo. Día y noche. Noche y día. Nada escapa en la vigilancia al ojo de águila del General.

Cuida de su ejército, lo pule, le da brillo, con fruición. Goza de sus esfuerzos y sacrificios, pues ve en su obra el instrumento conque habrá de elaborar la libertad de tres naciones, sin que se le ocurra pensar que, al mismo tiempo, está elaborando su camino a la inmortalidad, ungido no por una ley, sino por la veneración y el respeto de los que habríamos de sucederle en las generaciones argentinas. Sólo una inteligencia tocada por el genio, pudo ir a buscar en un fraile modesto, Luis Beltrán, al jefe de su maestranza. Y todos estos trabajos y desvelos durante tres largos años, sin desmayos, con paciencia de beneditino y tenacidad de bull-dog.

Hasta que un día, al iniciarse el año 1817, después de

jurar y hacer jurar las “primeras banderas que se bendicen en América” —son sus propias palabras—, se enfrenta a la Cordillera, que le abre sus brazos pétreos en las primeras cerrilladas de Uspallata, para recibir en ellos, cual amante bravia, al hombre que habría de poseerla y dominarla en su gestión de libertad y gloria.

EDUARDO ACUÑA

1.º de Mayo 3127, Santa Fe



